



¿Quién, al verla tan hermosa,
no se arrodilla y esclama:
Si tú has de arder, mariposa,
déjame á mi ser la llama.

Crónica

Pués señor, las mujeres se nos están metiendo en casa.

Se conoce que empiezan ya á tomarse la revancha de que las hayamos tenido tanto tiempo muy por debajo de nuestra altura moral y se nos empiezan á subir á las barbas.

Ya no les basta con ponerse los pantalones dentro del hogar más ó ménos doméstico (porque hay muchos que parece que no estén domesticados) y, con la escoba por cetro, zarandearnos á su capricho y hasta rompernos el cetro en las costillas, si á mano viene; su afán por ponerse á la altura de ese sexo del que soy un modesto representante (no tan modesto ¡que demonio!) las lleva hasta el punto de quererse lanzar á la vida pública, á disputarnos los más elevados cargos.

Como si no nos sobrara á nosotros con que sean bachilleras, empezaron por hacer una carrera (ó varias, según la afición) y... ¡lo de menos es que hagan la carrera que quieran!... pero han tomado vuelos con eso, y ya quieren ser diputadas, y académicas, y demonios colorados.

Y lo serán dentro de poco; una por una, en las elecciones de diputados provinciales verificadas estos días en el Ferrol, según dicen los periódicos, doña Emilia Pardo Bazán ha obtenido dos votos, uno por cada bota.

Ha quedado un sillón vacante en la Academia Española, y cuatro literatas, entre ellas la *diputada* aludida, aspiran á poner en él sus almidonados polisones.

—¿Qué país es este?—que me decía comentando el caso un comandante retirado con su gota correspondiente.—¿Para que sirve la mujer? Contés'eme usted sin ambages ni rodeos.

—¡Hombre! Para muchas cosas.

—No señor; las mujeres no sirven más que para una cosa.

—Le diré á usted...

—¡No me diga usted nada! La mujer no sirve más que para servir al hombre. Esa es su misión y como se salgan de ella aquí no vá á haber más remedio que fusilar á la mitad. ¿No le parece á usted?

—Si señor; por mí, las fusilaremos.

Por supuesto; la culpa de todo la tenemos nosotros.

¡Si parece que estamos deseando que abran la boca para darles gusto!

En la prensa de Madrid de estos días, encontrarán ustedes una prueba de lo que digo.

Y si no, vamos á ver.

¿Qué falta nos hacía á nosotros que las mujeres hicieran eso en la calle?

¿Que qué es eso?

No sé cómo decirlo: una cosa que hacemos todos cuando tenemos ganas de hacerla y estamos en lugar á propósito...

¿Me entienden Vdes.?

Pues... eso. Acercarnos al recipiente y etc., etc.

¿Verdad que no nos hacía maldita la falta?

Pues desde hoy, lo que era privilegio de nuestro sexo es ya común á los dos, ó común de los dos, como ustedes quieran.

Y si no les parece bien esta palabra, lean ustedes *water-closet*...

Mientras aquí todo les parece poco á las mujeres, que de concesión en concesión se nos van á echar encima, hay individuo por esos mundos de Dios á quien todas las mujeres le parecen poco para su uso particular.

Lo digo por el rey de los Ashantis, que, según las últimas noticias, tiene, oficialmente, casi tantas mujeres como pesetas valía antes un billete de mil pesetas: ¡3.333!

Eso, oficialmente. Calculen Vdes. las que tendrá el *gachó*, así... sin que lo sepa su papá.

Se conoce que los Ashantis, más prácticos que nosotros, se entretienen en coleccionar mujeres mientras aquí hacemos colecciones de sellos.

Aunque no todos tienen tantas ¿eh? Los súbditos tienen generalmente todas las que pueden mantener, pero ni una más; y el rey todas las que las leyes le permiten tener, que por ahora no son más que esas.

¿Que de dónde las saca?

Pues de donde quiere. En cuanto vé en la calle una que le gusta, lo mismo si es soltera que casada, tanto si es una abuela (que no será) como una niña, ya tienen Vdes. al hombre diciendo:

—Vente por casa.

Y ¡ay de la que resistiera! Mandaría el rey que la fusilaran sus soldados, y para eso, dirán ellas, prefiero al rey.

¡Nada! que si aquel país no es la mismísima Jauja, por lo menos está muy cerca.

Aunque... ¡todo tiene sus inconvenientes!

El rey-gallo en cuestión, tiene, si no se ha equivocado en la cuenta, trescientos hijos; es decir, sus mujeres le han parido trescientos hijos; porque yo opino que todos... ¡todos no vivirán á estas horas!

¡Eran demasiados hijos para un hombre solo!

CANUTO BLANCO Y DELGADO.

Confiteor

—¿Tienes novio?—Sí padre; pero es honrado. Confieso sin tomores que yo le quiero.

—¿Pero piensa casarse?—Sí; se ha empeñado en que la boda sea para Febrero.

—Pues cuéntame la historia de tus amores; necesito saberla sin más tardanza, por si acaso en momentos... embriagadores se permitió excesillos de confianza.

¿Te ha besado? No mientas. Dímelo todo y podré concederte perdón eterno.

Entiende bien, muchacha, que de otro modo penarás tus mentiras en el infierno.

—Padre, voy á decirle lo que ha pasado durante siete meses de relaciones:

por lo pronto le juro que me he negado á complacerle en todas sus peticiones.

Solamente una tarde, que juntos fuimos de merienda con varias amigas mías, recuerdo que bailamos cuanto pudimos y él me dijo bajito mil tonterías.

Yo no pude evitarlo; me trastornaba, y me dió muchos besos enamorado.

Luego, con gran cariño, mientras bailaba, me abrazó varias veces entusiasmado.

—¿Y nada más?—Sí, padre; también un día que nos fuimos, con otros, á un merendero, me besaba en la mano cuanto podía, diciéndome al oído: ¡Cuánto te quiero!

Me cojió por el talle con tal dulzura, que yo no pude menos de esiarle quieta y ensalzó los encantos de mi hermosura y me llamaba en broma: «linda coqueta.»

Después nos separamos y no hubo nada. Estos son los pecados en que he incurrido; yo supongo que puedo ser perdonada porque le juro, padre, que lo he sentido.

—¡Demonio con los lances de las meriendas! Eso está muy mal hecho; Dios, que castiga, no querrá concederte lo que pretendas, y obrando así no hay nadie que lo consiga.

Dile al chico que sea considerado y que no se aproveche de los convites para hacer esas cosas que son pecado aun cuando tú le dejes y no te irrites.

—Hoy mismo se lo digo; precisamente como son hoy los días de mi tío Galo iremos de merienda probablemente.

—¡Ah! ¿con que vais hoy mismo? Pues ¡malo! ¡malo!

Enmiéndate, hija mía, yo te lo ruego, que Dios maldecir y odia los pecadores. Porque dime: si pecas ¿querrás que luego proteja Dios la suerte de tus amores?

Además que la gente murmuradora lo correrá enseguida que lo sospeche. Consérvate tan pura como hasta ahora, y si vais de merienda... ¡que os aproveche!

EMILIO DE MOTTA.

La primera en la frente...

Hacia mucho rato que Julia, recostada con voluptuosa pereza en una cómoda butaca cerca de la chimenea, al calor de las llamas que inundaban de luz aquel gabinetito perfumado, estaba aquella noche como extasiada en un sueño muy dulce, con los ojos entornados á ratos, y fijos otras veces en las rojizas llamas que como en un espejo chispeaban en ellos.

Julia era una hermosa morena de treinta años, hermosa en todo el esplendor de la hermosura sazónada. Eran negros y rasgados sus ojos grandes, que tenían en las negruras de la noche el resplandor de la luz de la aurora. Sus labios, rojos como la flor del granado, entreabiertos siempre, como si siempre fueran á sonreír, dejaban ver, como en el fondo de un estuche, dos blancas hileras de perlas. Sus cabellos sombreaban como un marco de ébano, una cara ovalada, de tez morena, pero con transparencias blancas y sonrosadas; como si solo fuera morena por la sombra de los cabellos negros.

Colocad esta cabeza sobre un cuerpo esbelto, de seno abultado, de formas redondas; unid á estos encantos la gracia de los movimientos, la elegancia del traje, la expresión provocativa y sensual de unas miradas de fuego y de una eterna sonrisa incitante, provocativa, y tendreis el completo retrato de Julia.

Pués aquella noche, decía, en la postura en que la hemos encontrado al principio, nuestra Julia (*passer le*

mot) parecía sumida en algún pensamiento que á juzgar por su inmovilidad debía preocuparla mucho, aunque á juzgar por la expresión de su cara y por unos suspiros muy hondos, que se deshacían siempre en unas sonrisas muy largas no debía disgustarla tanto.

Ya hacía muchos días, desde que su primo había venido á pasar una temporada en su casa (un muchacho de diez y nueve años, rubio, muy guapo, un poco tímido, pero muy alegre) que parecía constantemente preocupada por algo.

Y no debía ser la muerte de su marido, de la que aun no había transcurrido un año, lo que la tenía preocupada: pues al irse del mundo aquel viejo, con quien sus padres le habían casado, le quedaron más ganas de casarse pronto con un joven que no fuera tan rico, que de llorar á aquel rico tan viejo.

En otra cosa debía ella pensar aquella noche, cuando al oír primero unos pasos que se acercaban, y luego la voz de su primo que pedía permiso para entrar en el gabinete, parecía que las ondulaciones de su seno iban á romper la mal ceñida bata que apenas podía aprisionar aquellos globos abultados.

—¿Eres tú? Entra, primo, entra—dijo Julia incorporándose en la butaca.—No necesitas pedir permiso; ya sabes que, esté como esté, tú puedes entrar aquí siempre.

Luis, que así se llamaba el primo, penetró en la habitación, diciendo, mientras se acercaba á Julia.

—¿He venido á interrumpirte en tus meditaciones?

—Al contrario; has venido á sacarme de mi aburrimiento. Mira; siéntate aquí, á mis pies, y hazme un rato compañía.—contestó ella, señalando el taburete en



Mira, Pepe; soplame este ojo que se me ha metido una pajita.

—¿Y usted, no se baña, Arturito?

—¿Yo? ¿Para qué, si en viéndola á usted ya me estoy bañando en agua de rosas?



—Oye, rubio...



—Echeme usted unos polvos maestro, que me pica el cogote.



*De la carrera que conduce al vicio
evitad sobre todo el primer paso.*



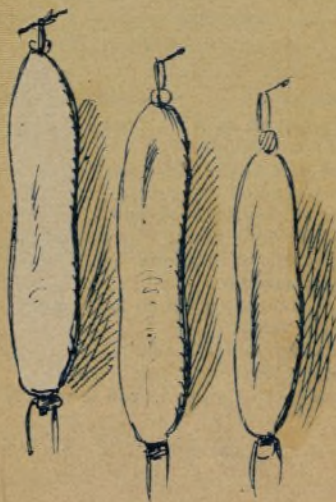
Esto matará aquello.



No la hagás y no la temas.



*Esto, Inés, ello se alaba
no es menester alaballo.*



Fíate de la virgen y no corras.



A perro viejo no hay tus tus.

que tenía los piés, en el que Luis se sentó.—Precisamente estaba entreteniéndome en rezar por no saber que hacer.

—¿Ves,—dijo el primo tratando de levantarse,—como te he interrumpido?

—¡Quita, toúto!—dijo ella cogiéndole las manos entre las suyas y poniéndolas sobre la falda.—Así como así, le estaba rezando á S. Antonio para que me busque un buen novio y ¡ya ves! soy ya muy fea para que me haga caso. Además, que ya sólo me faltaba persignarme.

—Pues persignate—dijo él, queriendo soltar las manos.

—¡Quiétecitol! ¡Mira que te castigo!—dijo ella sujetándole.

—Bueno; pues no te persignes.

—¿Por qué no me persignas tú? ¿Sabes persignar?

—Claro que sé.

—Pues persígname, anda.

—¿Pero cómo, si me tienes cogidas las manos? Suéltame.

—No quiero.

—Entonces no puedo.

—Entonces es que no sabes. ¿Cómo se persigna? vamos á ver.

—Pues haciendo tres cruces; la primera en la frente...

—Hazla.

—Cuando me sueltes las manos.

—Las manos no las suelto; eso no tendría gracia. Tú hazla como puedas.

—¿Cómo?

—Con la boca, por ejemplo.

—¡Con la boca!—exclamó sorprendido Luis.

—Vamos á ver—continuó ella;—arrodíllate á mis piés con toda devoción y empieza.

Luis se arrodilló, riéndose de la broma de su prima, y ella siguió:

—La primera...

—En la frente—dijo él.

—Pues hazla—dijo Julia, acercando su rostro al de su primo, hasta tocar la boca de éste con su frente.

—Muy bien—prosiguió, levantando un poco la cara, hasta que su boca quedó muy cerca de la de Luis.

—La segunda...—dijo ella, envolviéndole en una mirada provocativa, incitante,—¿Dónde es la segunda?

—En la boca—balbuceó Luis.

Y sonaron dos besos; uno muy débil y otro fuertísimo, apasionado.

—La tercera...—dijo Luis, cuyos ojos empezaban á brillar como ascuas, contagiados tal vez del fuego de sus mejillas, mientras Julia, tendiéndose hacia atrás en la butaca, se deshacía en una carcajada bulliciosa y loca.

—¿No lo sabes?—dijo ella, sin cesar de reír.

—Sí,—contestó Luis, que se iba animando de un modo extraño.

Y sonó un solo beso confundido con otra carcajada aún más loca.

Julia soltó entonces las manos de su primo y este levantándose dijo ya enloquecido, sin saber lo que decía:

—¿Y la cuarta?

—¿La cuarta? exclamó ella sorprendida. ¿Tú estas loco?

—¿Y la cuarta?—volvió á decir él con decisión.

—Pero, hijo, si ya no hay más... dijo ella sin dejar de reír.

—Pues yo quiero que haya ¡ea! La cuarta... La cuarta...

—Pues, niño, la cuarta—contestó ella, que ya rendida de tanto reír dejaba caer los brazos con indolente abandono—La cuarta... ¿dónde tu quieras!

FRUTOS VERDES.

La velada

A ELVIRA.

—No es decir que tus pasos, hija mía, merezcan mi reproche;

mas eso de pastar con *esa tía...*

carnal, á ciertas horas de la noche,

me huele á mí á reclamo...

y he de decirte claro que me escamo.

Yo ya supongo, (no lo juro ahora

porque voy de pasada)

que tú eres una niña recatada;

pero eso nadie ignora

que para el caso, Elvira, no hace nada...

Además un refrán, bastante viejo,

dice que á lo mejor salta un conejo.

Y aunque por tí no va la tal conseja,

como habrás comprendido,

puesto que en todo caso hubiera sido

lo del salto en cuestión una coneja,

lo mismo que no va pudo haber ido.

—Pero ¿y qué voy á hacer? si es que mi tía

va á pasar la velada en compañía

de un benévolo anciano

á quien quiere lo mismo que á un hermano...

—¡Á pasar la velada

á casa de un amigo de esa abuela!...

Pues ten mucho cuidado.—¿Cómo?—Nada...

—Pero... ¿con qué?—Con eso... con la vela...

J. PEÑAFLOR DE GÁLLEGO.

Un anuncio

Niñas de todos colores
de todas las edades,

que estais cansadas de flores
de *Tenorios seductores*

que os dicen mil necedades:

Hacedle corro á este hermano
y escuchad esta cantata,
que con la lira en la mano
va á cantar un *puritano*
música de la Traviata.

No pudiendo contener
el ciego amor que me abrasa,
he decidido poner
este cartel en mi casa:
«Me hace falta una mujer.»

De cerca, medio no veo
de explicarle mi deseo,
porque soy muy timorato;
mas de lejos... ¡ya lo creo!
Voy á hacerles mi retrato.

Soy un chico muy galante,
pariente de la modestia,
prudente, fino, elegante,
(y esto no es por inmodestia
ni porque yo esté delante.)

Veintitres mis años son.
Soy natural de Aragón;
de oficio, telegrafista
(que esto ya es á simple vista

una recomendación.)

Y aunque hay mujer competente
que en ese *tic tac* se ensaya,
no se corta mi corriente...
que en eso doy *tres y raya*
á cualquier chica decente.

No tengo defecto alguno,
soy complaciente y atento,
virtuoso como ninguno,
y mi vicio solo es uno:
El noveno mandamiento,

Con todo cuanto han oído
que es la verdad neta y pura,
creo que habrán comprendido
que es excelente partido
la *casaca* de este cura.

Ahora les voy á exponer
por si alguna lo desea,
todo lo que ha de tener
la mujer que aspire á ser
mi querida *Dulcinea*.

Cabello como la mora,
ojos negros (¡desde luego!)

de mirada abrasadora,
y que estén á toda hora
a punto de decir ¡fuego!

Ni muy joven, ni muy dura,
que sea á la vez que pura
algo entre adusta y coqueta,
y que tenga una cintura
que quepa en una peseta.

Quiero que sea también
económica, hacendosa,
que todo lo encuentre bien,
y que á todo diga «amén»
en cuanto sea mi esposa.

Ya saben pues que al instante,
con lo que he dicho hasta aquí,
cualquiera soñicante
que venga, tiene bastante
para pretenderme á mí.

Nota. Me olvidé una cosa
y es preciso que la anote.
Tiene que tener mi esposa
además de ser hermosa
¡veinte mil duros de dote!

JOSÉ LABASTIDA.

Chismes y cuentos

Ocupándose de los sucesos acaecidos el domingo en el cuartel de la plaza del Buen Suceso, y relacionándolo con el hecho, han dado estos días los periódicos locales la siguiente noticia:

«Los vecinos de la calle tal, vieron pasar á las nueve de la noche á un hombre que llevaba un trabuco que apenas le asomaba por debajo de la blusa.»

Meditemos.

¿En que conocerían los vecinos que era un trabuco lo que apenas le asomaba al hombre por debajo de la blusa?

✱

—¿Cuál creis que es el más raro planeta?

—Saturno.

—Venus.

—Júpiter.

—Neptuno.

—El Sol.

—La luna.

—Estais equivocados:

tan raro como Virgo no hay ninguno.

JUAN URIOSTE SOTO.

✱

Por decir que tengo suerte
ayer me dijo mi novia.

—¡Chico, hay pocos que te igualen;
cuidado que tienes potra!

LUIS GONZALEZ.

Correspondencia

Un principiante.—Madrid.—Pues no me disgustan, no; pero en lo de pagarle sus trabajos... ¡qué quiere Vd. que le digal! Como con eso de la *emisión* se han encarecido tanto las pesetas!

E. A. A.—Le falta algo, pero Vd. no desmaye por eso. Ya sabe usted que con paciencia y saliva... se gana el cielo, como dijo Herodes.

Rajoca.—Irun.

Hombre no me ha disgustado
¡Si cambiara usted el final!
¡Porque estoy más escamado
del fiscal!...

Fandanguito.—Madrid.—Créame Vd., joven: con una letra tan mala ni copiar bien se puede. ¡Qué letra! Se la podría Vd. falsificar divinamente á uno que no supiera escribir.

J. L. T.—Barcelona.—Pues no señor, no la he recibido. Lo cual no quita que los periódicos sigan dando bombo, al administrador de Correos.

Dr. Pamplinas.—Barcelona.—Está hecha con salero y la publicaré si no fuera porque quiero castigar á los del Juzgado á que no la lean.

(Se continuará.)

Imp. Arco del Teatro, 9.



EL MARTES

de la próxima semana, se pondrá á la
venta el número

EXTRAORDINARIO

de EL CHISME, para el cual no hemos
podido encontrar un bombo á propósito
porque hasta el de la *banda municipal* nos
parece pequeño.

Costará 1 real.

R
E
V
U
.

En vista de lo cual, y para mitigar estos calores, he pensado que lo mejor era que el EL
CHISME hiciera un extraordinario. ¿Os parece bien?
(*Todas á coro*) ¡Sí! ¡Sí!
Yo, (entre paréntesis): ¡Ya lo suponía!